

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8314

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 56

## PRECIO DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6. Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

**LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.**

Viernes 26 de Julio de 1889

### ANTE LA TORRE EIFFEL.

Salve, esbelto y magnífico coloso,  
De la moderna industria hijo querido;  
Férreo brazo á las nubes extendido  
Por este siglo que será famoso!  
Síntesis del trabajo victorioso,  
Yo, humilde obrero, ante tus pies rendido,  
Saludo al genio en tí, que ha concebido  
De tu fábrica inmensa el hecho hermoso!  
En honor á tu altiva prepotencia  
Pulsa la lira este modesto vate;  
Grande eres, lo confieso en mi conciencia;  
Mas, debo aquí decir para remate  
Que también lo es *El Barco de Valencia*,  
Soberbia torre Eiffel del Chocolate.

A los consumidores que presenten el día 1.º de Agosto 1500 cubiertas de piquetes de chocolate de *El Barco* se les regalará un palco para las corridas de toros pasando por el dique flotante, un cuello de pieles, una capa y entrada gratis en la Exposición de París.—El del ojo ausente, Caridad 3, Cartagena.

Véase en la 4.ª plana el anuncio *Gran Exito*.

## Recursos de España en minerales DE HIERRO.

El presidente de la Asociación Británica de la Industria del Hierro ha pronunciado recientemente un notable discurso acerca de «Las necesidades del mineral de hierro en el mundo.»

De ese discurso trasladamos á nuestras columnas los siguientes párrafos acerca de los recursos de España en minerales de hierro.

En España, dice, hay dos distritos que son extraordinariamente ricos en minerales de hierro de superior calidad. En primer lugar se cuenta con el de Bilbao, del cual apenas tengo necesidad de hablar, por cuanto todos sabéis lo que es y lo que ha dado de sí.

Hasta ahora ha dado Bilbao 40 millones de toneladas en números redondos, cantidad que por una coincidencia notable es próximamente igual á la extraída en el Lago Superior, de los Estados-Unidos, de donde se extrae el mineral de la mejor calidad que se emplea en aquel país. Es punto discutible qué cantidad de mineral existe sin explotar en el distrito de Bilbao.

En 1884 se calculó la cantidad total existente en el distrito de Somorostro en 50.000.000 de toneladas y á ser válido aun aquel cálculo; quedarían ahora 35.000.000 de toneladas, pero mas al interior hay todavía grandes depósitos de mineral intactos que se calcula representan 40.000.000 de toneladas que pueden agregarse á las otras. La calidad, sin embargo, de una parte de estas es dudosa. Esta cantidad unida al remanente de Somorostro haría frente á las necesidades de 20 años en la proporción actual de la demanda. Ese plazo, aun cuando es lejano para que nos deba preocupar ahora el temor de una escasez, no es, sin embargo, un período largo para la historia de una industria como la del hierro, en la cual si el consumo de minerales de esa clase creciera, la duración de los minerales de Bilbao se reduciría. Cuando llegue el tiempo de tener que depender de minerales más distantes de la costa,

y aun cuando hayamos de emplear minerales de calidad inferior, habrá llegado también la hora de tener que contar con un aumento permanente en el costo de producción del lingote, y este es un porvenir al cual no podemos dirigir la vista con tranquilidad. Pero esa época puede aun estar lejos y probablemente lo estará.

Los minerales del Sur de España están virtualmente intactos, aunque hasta donde ha podido averiguarse son cuando menos tan buenos como los del Norte y pueden explotarse á tan poco costo como aquellos. Entre Málaga y Cartagena hay algunos grandes depósitos de minerales de superior calidad, de explotación fácil, algunos de los cuales llegan al 65 por 100; y de estos depósitos, cuando nosotros, se hallan á menos de 20 millas (32 kilómetros) de la costa. Los minerales del Sur de España se adoptan bien al procedimiento Béssemer y al de solera ó Martín Siemens, y es característico en ellos en general el que contenga más manganeso que los del Norte, llegando á 4 1/2 por 100, y siendo el término medio en algunos distritos de 3 á 4 por 100, al mismo tiempo que se presenta como hematites y magnetitas, algunos de los primeros de los cuales se aproximan más ó menos á minerales espáticos.

Pero mientras la presencia de tanto manganeso tiene poca ventaja para la fundición en general, se ha encontrado que esos minerales se adoptan admirablemente para mezclas con otros también superiores como las hematites de West Cumberland y Lago Superior. Apenas puede decirse que haya comenzado la explotación de estos minerales, pero la mano de obra es tan barata en el Sur de España, que apenas pasa de la mitad de la del Norte. Contra esto hay la mayor distancia á que estos minerales se hallan de Inglaterra, puesto que las costas del Mediterráneo se encuentran próximamente doble más lejos que la Bahía de Vizcaya, y por lo tanto hay que contar con transporte más costoso.

### Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

CERNICALO

### Charada

Saltando de tres cuatro en terciá cuarta decidme ¿el buen *lo*lo sabeis donde va? A besar el sepulcro de Mahoma y á dos prima en las aguas del Jordán.

G. S. J.

La solución en el número próximo.

### CUENTO DE AMORES

Bella, inocente y gentil era Fulanita. Fulano, igualmente hermoso, de bigotes puntiagudos y aspecto sentimental.

Así, poco más ó menos, empiezan todos los cuentos de amor.

¿Y por qué?  
¿Siempre ha de ser la novia hermosa?  
¿Nunca podrá ser tuerto el galán?  
Yo conocí á unos tórtolos de semejantes prendas personales que asustarían á cuanto romántico escritor echó Dios al mundo.

No podían sino verse de noche, quizás por disimular sus defectos en la penumbra; y sin embargo, tanto se amaban, que como él era cojo, ella solía esconderle las muletas para retenerle á su lado.

Mas sin necesidad de apelar á otros ejemplos, ¿no tenemos allí aquel conocido epigrama?

«Montalvo casó en Segovia,  
Tuerto, cojo, manco y calvo...  
¿Y engañaron á Montalvo!  
¿Qué tal sería la novia?»

Ese afán por hacer hermosos á todos los amantes ha caído en tal ridículo que ya á nadie causa interés, produciendo ese abuso la increíble expresión familiar que oímos por todas partes cada vez que se nos quiere significar fastidio:

—¡Bah, cuentos de amores!

Y, sin embargo, cuento de amores también puede llamarse el mío, á pesar de que sus protagonistas carecen de la acostumbrada hermosura.

El se llamaba Onofre, ella Agapita; cuyos nombres usaban abreviados, pues el cuento sucedía en Puerto-Rico, y allí es costumbre anifiarlo todo.

De esta abreviación resultaba que se decían con frecuencia:

—¿Me quieres, Ono?

—Muchísimo, Pita

A pesar de lo cual, más de una vez, Ono salió pitando de casa de su amada.

Se conocieron en Vieques, isla encantadora, y cual nuevos Pablo y Virginia, se habían unido entre palmas á la sombra de aquellos frondosos árboles como se arrullan las brisas entre las flores.

Ella lloraba constantemente.

El suspiraba sin cesar.

Pues Pita padecía de la vista y Ono de asma.

Pocas veces se había turbado la paz ni oscurecido la esperanza de aquellos felices prometidos; pero la calumnia es capaz de todo, y un día él creyó fundada una sospecha.

Un chisme de vecindad, pues ambos humildísimos miembros de esa parte del pueblo que ha dado en llamarse masa, vivían en un barrio alto de la capital de San Juan, dado el único pasatiempo que consiste en satirizar al vecino.

Peró lo que quiera que fuese, el caso es que Ono corrió furioso á casa de Pita, que era baja ó terrera, como allí se dice. Entra irreverente gritando:

—¡Oh, cruel, ingrata! ¿Conque me engañas!

Ella, asustada y fuera de sí, sin saber á que atribuir el anormal estado de su futuro, solo acierta á exclamar:

—¡Ono!

En su ofuscación, él entendió en aquel ¡Ono! otra exclamación. La de: ¡Oh, hol

—¡Y te atreves á negarlo!—repitió más exaltado:

—Pero, hombre, si yo no niego.

Aquí fue Troya.

—¡Conque no lo niegas! ¡Entonces es cierto todo cuanto me han dicho! Pues juro que te has de acordar de mí.

Los vecinos de la calle, escandalizados con las estentóreas voces que salían de casa de Pita acuden presurosos; unos, creyendo adivinar en ellas algo parecido á ¡socorro!, otros atraídos simplemente por la curiosidad.

Se armó un tiberio.

El público empezó á discutir el suceso abalanzándose hacia las rejas de la casa.

Entre tanto los prometidos habían guardado silencio.

Él, violentísimo, en esa actitud irascible que dan los celos, quería matar con su mira-

da á Pita, nueva inocente. Desdémóna que sollozaba sin defenderse llorando de veras los errores de su terrible Otelo.

Ambos habían perdido la voz.

Se miraban solamente, pues habían tomado la defensa de parte á parte los vecinos y vecinas sin conocer siquiera el más insignificante detalle de la cuestión.

Ono suspiraba de veras también, pues por una de esas anomalías de la naturaleza no le había acometido el ahogo.

—El tiene razón—gritaban los espectadores, lo cual ponían los pelos de punta á nuestro desdichado héroe.

—¿Pero en qué?—decían las vecinas.

Cambiáronse las palabras, después los insultos y más tarde los golpes, á propósito del suceso.

Aquel nuevo tumulto atrajo más circunspectantes, y poco tiempo después se poblaba la calle de espectadores.

Pita vivía sola con una tía, pues era huérfana, y esta buena mujer no se atrevió á levantar el gallo, limitándose á atender á su sobrina, que parecía desmayarse.

Pero no. De sus pequeños y enfermizos ojos deslizábase una lágrima silenciosa...

Ono, entre tanto, resoplaba en un rincón.

La primera voz que se oyó después de aquel especie de mutis, fué la de Pita:

—¡Feo!—dijo.

—¡Feo!—respondió el aludido.

No se habían comprendido hasta entonces.

¡Oh, misterios del amor!

Si feo era Agapita, más feo era Onofre.

El amor no hace distingos; amor con amor se paga.

Pita continuó apostrofando á su amado; pero Ono no contestaba.

Se había entregado á una serie de reflexiones. ¿Quién podrá querer, se decía á ese esperpento?

Peró se detuvo su pensamiento á la voz de Pita, que repetía:

—Eres feo y nadie te querrá sino yo.

—¿Caramba, es verdad!—se dijo entre dientes.

Y le hizo tanto efecto la expresión que, próximo á ablandarse, cerca ya de postrarse rendido á los pies de su especialísima Susana, apareció una visión, que tal podía llamarse, que hizo sobreoger á los amantes:

La policía.

—¿Por qué ha pegado usted á esa mujer, dijo un polizonte.

—Yo no he pegado á nadie, señor mío.

—Las vecinas, que no se metan en lo que no les importa.

—Pero le importa á la autoridad.

—¿Quién le ha llamado á usted aquí?—gritó Pita interponiéndose;—¡fuera de mi casa!

—¡Fuera! ¡Fuera!—repitió un coro de voces en la calle.

—Pero ¿ustedes no se han pegado?

—¿Qué hemos de pegarnos, hombre! ¿Verdad que me quieres mucho, Pita?—dijo Ono poniendo los ojos en blanco á la aludida.

—¡Muchol!—testestó la enamorada, con lo cual y con alguna frasecilla de Pita, que no hace el caso citar al polizonte, le tocó el turno de salir pitando.

—¡Parece mentira! ¡Oh, extraña dignidad de los hijos de Picio! Indudablemente el amor propio os conduce á la más perfecta de las felicidades.

Si ambos enamorados fuesen hermanos, si luviesen las prendas agraciadas de que nos hablan los novelistas á la antigua, no se hubiesen perdonado jamás aquel insulto de: ¡feo! ¡feo! Entre los dos existiría para siempre aquel abismo.